

JESÚS GARDEA: ANANKÉ

Daniela Tarazona

Era el tiempo de la universidad. Tenía un grupo de amigos formado por un panadero, un narrador, un poeta budista, dos actores y otro poeta que era mi vecino. Nos apuntamos para ser la sociedad de alumnos y, meses después, editamos el primer número de la revista *Ananké*. Hablábamos de la necesidad vital, del camino que le era propio a cada uno. Necesitábamos en coro de la literatura.

En 1996 organizamos las primeras jornadas de letras. Nuestros maestros nos guiaron para elegir a los autores invitados.

Hugo Gola nos aconsejó que buscáramos a Jesús Gardea.

Jesús tomó un avión desde Ciudad Juárez, donde vivía.

Ahora, he querido recuperar la memoria de aquel día. Guardé cintas de esas jornadas, entre ellas una con su lectura y su conversación: la voz de Gardea que reverberó en nuestros oídos y sobre los muros del Aula Santa Teresa.

Reproduzco aquí las preguntas que se le hicieron y sus palabras.

Jesús leyó el cuento "Trinitario", del libro *Septiembre y los otros días*. Y leía como si desconociera lo escrito, incluso equivocaba las palabras. Línea a línea, el cuento mostraba aquello que le fue natural: los personajes de procedencia extraña, de cuerpos humeantes. Él mismo parecía no saber a dónde lo llevaba la lectura. Luego supe que las historias de Gardea suceden mientras se leen, sin previsión: en el reino de Gardea, todo se ha movido de sitio. No hay señales que perfilen el recorrido de las narraciones. No hay futuro, y el pasado podría ser el reflejo exacto de lo que transcurre ante nuestros ojos, pero tampoco se puede confirmar.

Aquel día, nosotros entendimos la fuerza vital del lenguaje y su transcurso misterioso.

Tras la lectura, comenzaron las preguntas y escuchamos su voz:

Jesús Gardea: Hace poco más de dos años, leí un cuento en Tijuana con otros escritores del norte que viven en el Distrito Federal. Hasta ese momento supe que es un cuento con mucha carga política: un cacique de un pueblo que manda matar a otro tipo. En el público había estudiantes muy politizados, preguntaban que si escribía textos de política por qué no hacía ensayos sobre ese tema o atacaba al gobierno. Dije, bueno, es la primera noticia que tengo de que éste cuento es político; a mí la política me importa un cuerno, y más como se hace en el país. Me sorprendió mucho pero reincidieron en eso: en que escribiera un ensayo o que apareciera en el periódico. Finalmente, me sacó el tapón y le dije: si sigues insistiendo, yo te rogaría que abandonaras la sala porque me estás cargando un santo con el que no tengo que ver.

De pronto, hay interpretaciones que uno no pensaba. Otro amigo en Juárez me dijo que era una denuncia, pues qué bien, pensé: denunció sin exponerme.

Alguien, desde el fondo de la sala, le pregunta sobre los movimientos de los personajes:

Pienso el cuento, lo estructuro: veo a los personajes y cómo se comportarán. Lo otro es guiarse por lo que los personajes van a vivir. El lenguaje me da la anécdota. Un diálogo me da lo que sigue. Sobre las rupturas, yo creo que un asesino antes de matar debe sentir la ruptura, debe dudar, yo creo. El proceso del cuento me obliga a llevar la historia de un modo u otro.

Hay un elemento de gran atracción por la mujer que han visto¹. Podría haber agregado algo sobre eso, pero sería corriente.

¹ Habla del cuento que acaba de leer: "Trinitario", donde el protagonista del mismo nombre, deja a su mujer en casa, mientras va a dar un paseo en su coche a la venta, acompañado por tres hombres aparentemente interesados en

Son humanos, de pronto son como niños, de pronto son como vampiros, como todos nosotros. Podemos ser crueles o no, pero todo eso lo traemos adentro, depende de la fuerza que tengamos para dominar el interior. Quizás ellos quisieron sentirse peces o niños por la atrocidad que iban a hacer con el viejo.

Yo no entiendo las cosas de los estudiantes de literatura: que si la voz o el narrador o eso... la verdad me suena ajeno.

¿Pero quién ve las historias?

Pues supongo que yo pero a lo mejor, ni yo. La verdad es que el relato a veces me rebasa. Si me pongo misterioso, diría: pues la voz que me lo está dictando.

El viejo de este cuento debe tener su mundo y me lo hace sentir. Estoy suponiendo una autonomía total de los personajes, de otro modo, si empiezo a manejarlos quién sabe qué cosas irán a resultar. Con toda seguridad creo que no valdrían mucho la pena. Él se pronuncia a su manera. Mi trabajo es escribir y contar una historia conforme avanza, nunca me hago una idea previa de un cuento.

¿Cómo trabaja la experiencia poética en su narrativa?

Yo siempre he dicho que me resulta difícil hablar desde afuera de las cosas que hago. En primer lugar, porque no tengo ningún talento crítico, en segundo, no estudié literatura como ustedes. Me resulta muy difícil hablar desde fuera, desde dentro, pues está peor la cosa, pero sí puedo señalar que Lezama Lima es para mí quizás el más grande novelista latinoamericano. Pienso en *Paradiso* y *Opiano Licario*. Es un autor que releo. Yo creo que el espíritu de Lezama Lima me acompaña, no lo digo como pretensión, hablo del espíritu de su literatura. Creo que me ha ido permeando.

He batallado para que se publique mi novela *El biombo y los frutos*². En una editorial me dijeron: está bien, pero ¿quién va

comprarlo.

² Publicada por Aldus en 2001.

a entender esto? ¡Pues yo! Dije. —Qué a todo dar, pues tú lo entiendes, me dijeron... La literatura actual me parece un poco plana. Quiero buscar maneras del lenguaje que me hagan vivir, que me hagan respirar a plenitud. El lenguaje para mí sería una manera de ser. En un mundo como el que vivimos, tenemos que buscar salidas a como dé lugar. Yo me fío a lectores que, como decía Lezama Lima, debían o tenían que leerme: mis lectores pares. Lezama es un autor poco leído, pero inmensamente superior a muchos changuitos que truenan y truenan por ahí; en Lezama hay ese riesgo, esa aventura del lenguaje.

Con cierto oficio uno puede escribir cosas entendibles, pero no sería yo, me estaría falseando, sería un farsante. Para mí la escritura es la existencia. Me han dicho si soy escritor las 24 horas del día: no, respondo, soy escritor mientras escribo y el resto del día quién sabe quién soy. No soy un escritor de espejo, no me miro al espejo mientras escribo. Ni salgo a la calle con el espejo. Mi manera de aclararme las cosas en la vida es escribir. Como no todos han vivido las cosas que yo he vivido —que no son nada tampoco— no me agarran la onda, no sé qué traen... Pues nada.

Hugo Gola le comenta: Tu narrativa está más cercana a la poesía, se carga, se hace densa, ya no importa la anécdota, quizá no hay anécdota... eso la coloca en un plano muy diferente de lo que sucede en la narrativa mexicana actual... en cambio, en las novelas del momento parece que sólo hay anécdotas, como si nunca hubieran leído a Joyce o a Proust...

Esa diferencia es la que me ha acarreado cierta marginación, precisamente. Mejor hubiera escrito tal y cual, y nada más... Yo pienso que la anécdota estaría dada por el mismo lenguaje. La anécdota sería el lenguaje. No sé qué les pase a ustedes pero hay un desencanto de las relaciones humanas. Los novelistas actuales siguen creyendo que las relaciones humanas valen la pena, yo pienso que no, no porque la relación humana no valga, sino porque la hemos falseado.

Mi respuesta a un mundo que no me satisface, ni emocionalmente, ni sentimentalmente, posiblemente sea esta manera de escribir. Yo no creo en el mundo de ustedes porque es falso, porque lo hemos falseado entre todos. Ese fenómeno se encuentra particularmente en el Distrito Federal; las relaciones se vuelven de una simulación increíblemente intensa. ¿Cómo voy a contar una historia? si lo hiciera, estaría incrementando esas maneras falsas de ser con el otro, de vivir. En Ciudad Juárez es lo mismo, pero aquí se muestra con mucha intensidad. A lo mejor, si las cosas cambian, cuando nos hartemos de engañar los unos a los otros, será una literatura vieja, una literatura obvia. No me lo propongo pero no quiero contar las cosas falsas que veo; quisiera encontrar otras maneras de contarlas. Quisiera darle otro estímulo, otro modo a las relaciones humanas. No podemos escribir igual que hace 20 años, ni en el país ni en el mundo. Vamos para atrás, pienso. Yo necesito replantearme la realidad que estoy viviendo, porque no me he convertido en socio de lo que están viviendo ustedes. El fondo es un desencanto. Trato de encantarme haciendo poesía, como otros leyéndola. —Si es que es poesía, ese es otro cantar.

Lo que pienso es que todo este mundillo literario quizás un día se vaya al demonio. El mundillo literario de autores y de obras, en términos generales. Tengo amigos que quiero en ese medio pero es falso y creo que no vale la pena contarlo. Mentira sobre mentira. Simulación sobre simulación, no. Hipocresía sobre hipocresía, tampoco. Todo arte tiene una dimensión moral o supongo que debe tenerla. Escribir de acuerdo a lo que estamos viviendo no nos obliga tampoco a nada, escribir de otra manera —contraria a lo que vivimos— sí nos obliga a ciertas posiciones personales sobre lo que estamos viviendo. La señora que escribió *Cómo agua para chocolate* no está obligada a nada, más que a ser famosa y a ganar dinero, y a codearse con otros escritores: tres cosas que me parecen desdeñables.

Veo en algunas caras que no les gusta mucho lo que estoy diciendo... No me traje el espejo...

Alguien refiere la posible relación de Gardea con la música y la literatura de Juan Rulfo...

Soy un melómano bastante mediocre. Tengo un oído para el diablo. A Rulfo lo he releído unas tres o cuatro veces en mi vida. La música de la música es distinta a la música del lenguaje, creo que no tienen que ver. La música del lenguaje es interior, aprendida desde antes. Klee decía que escribir es como dibujar: me parece que eso tiene más miga, porque cuando uno está escribiendo es como si estuviera haciendo un dibujo de Ingres; yo sigo una línea precisa y muy vibrante como la de él. Me gusta contemplar obra de arte: el grabado, el dibujo. Eso me lleva a escribir de la manera que escribo. Mi ojo me lleva a relacionarme con el lenguaje. La literatura mediocre que se está haciendo debe explicarse por la falta de contemplación de obras gráficas.

Al final de la conversación, Gardea expuso su desagrado ante la televisión³, luego, remató: tomen un mazo y rompan sus televisores. Ante la sugerencia, un compañero se inquietó y le preguntó (lo cito de memoria porque a esas alturas ya no me quedaba cinta para grabar): ¿Usted realmente quiere decirnos que debemos romper con un mazo nuestras televisiones? Vivimos en este mundo, sabe, aquí estamos y no podemos hacer eso.

No recuerdo qué le contestó Gardea.

Años más tarde, vi aparecer a aquel compañero en la pantalla de mi televisor: anunciaba máquinas para ejercitar el abdomen en un programa comercial de la madrugada.

³ Dos años después nos dijo en una entrevista: "Los medios masivos de comunicación están dando conductas, conductas en las que lo que menos interesa es el sexo, el amor, porque son liberadores; los medios dicen cómo hay que sentir. Es un ruido constante, como si hubiera la voluntad de apartarte de algo que va a venir para que no lo escuches ni lo veas; nos vamos a aturdir de manera que no sentimos eso y dada la furia con la que sucede podemos creer que sí hay algo por venir —quizás en el corazón de cada uno de nosotros." Joan Puig y Daniela Tarazona. "Decir el mundo". Cuaderno Salmón. Año 11, núm. 5. Verano 2007. p.108.